

BIBLIOTECA DE MEDIANOCHE

¡Atrévete
a pasar
miedo!

Nick Shadow

El último juego

y otros relatos



Título original: *The Midnight Library. End Game*
Relatos escritos por: BEN JEAPES

1.ª edición: septiembre 2009

© Working Partners Limited, 2005
Publicado por primera vez en Gran Bretaña
por Hodder Children's Books
© De la traducción: Miguel Azaola, 2009
© De la fotografía de cubierta: Getty Images y Archivo Anaya
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2009
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-667-8465-8
Depósito legal: NA. 1947/2009
Imprime y encuaderna RODESA.
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro
son las establecidas por la Real Academia Española
en su última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

EL ÚLTIMO JUEGO	9
LA HERMANA	87
¿HAY ALGUIEN AHÍ?	143

¿Hay alguien ahí?

Tras el escenario había una hilera de carteles con el retrato del chico desaparecido. Luke Benton era de aspecto agradable, rubio y con unas cuantas pecas. Su sonrisa resultaba tímida, como si no pudiera creer del todo que le estaban haciendo una fotografía. La que habían usado para los carteles era la última foto escolar de Luke, sacada el día que desapareció. Llevaba la chaqueta y la corbata del uniforme y, aunque no podían verse en la foto, unas zapatillas de deporte nuevas, negras con ribetes plateados. Su vestimenta había quedado inmortalizada al completo en la descripción impresa en todos los carteles de *Desaparecido*.

Visto por ultima vez vistiendo... con que habían empapelado la ciudad.

Alguien abrió la puerta del salón de actos y los carteles se agitaron con la corriente de aire. Juliet Somerville tomó mentalmente nota de ello para no olvidar pegarlos por las cuatro esquinas después del ensayo. El acto en memoria de Luke iba a tener lugar dentro de dos días, y el murmullo de los carteles agitando detrás del escenario perturbaría a todo el que estuviera en el salón.

Juliet pensó que sería más expeditivo hacerlo ella misma que comentárselo a la señorita Worth. La directora del curso podía complicar extraordinariamente la cosa más simple. De hecho, ya había convertido el ensayo de la ceremonia en un verdadero circo de tres pistas.

En su fuero interno, a Juliet aquello le parecía de mal gusto. A Luke no se le había visto desde hacía un año. Su teléfono no había sido usado ni se había sacado dinero alguno de su cuenta en la caja de ahorros. Tenía que estar muerto. Debería recordársele en un servicio religioso o algo así, no en una actuación en la que la gente sentía miedo escénico y estaba preocupada por su aspecto bajo los focos.

La señorita Worth dio unas palmadas que se oyeron por encima del parloteo del salón de actos hasta que consiguió la atención de todos.

—A ver, la consola de luces... ¡consola de luces!..., gracias..., y la consola de sonido..., ¿listas las dos? Bien. A ver: todos los que vayan a leer algo en recuerdo de Luke, poneos en fila a la izquierda del escenario..., no, a la izquierda..., por orden alfabético, según el nombre de pila..., ¿o mejor por edades? Hmm...

Juliet dio un codazo a su mejor amiga, Christine.

—¿Y por qué no por tallas de zapatos? —susurró.

Pero Christine no estaba de ánimo para bromas.

—¡Jul, creo que Mark acaba de mirarme! —siseó, mirando fijamente al otro lado del salón—. ¡Mira! ¡Acaba de hacerlo otra vez!

Juliet le siguió la mirada intentando que su cara no reflejara sus dudas. Mark Logan y Daniel Gardner, su mejor amigo, estaban sentados juntos al fondo del salón. Mark tenía una constitución fornida y vigorosa, y Daniel era más alto y más moreno, con un flequillo lacio. Como la mayoría de los chicos, estaban con su ropa de fútbol. Todos los compañeros de equipo de Luke iban a asistir a la ceremonia equipados en señal de homenaje. Pero si Mark había estado mirando a

Christine, ya no lo estaba. Él y Dan, con las cabezas inclinadas y juntas, parecían profundamente sumidos en una conversación privada.

—Me pregunto de qué estarán hablando —suspiró Christine—. Seguro que es sobre Luke. Mark tiene unos pensamientos tan profundos, es tan intelectual... Estará compartiendo sus ideas sobre cómo una pérdida y el dolor que causa deberían hacernos apreciar las cosas más bellas de la vida y unirnos más en el amor mutuo.

Juliet dirigió a su amiga una rápida mirada para comprobar si estaba hablando en serio. Desgraciadamente lo estaba.

—Seguro que es eso —asintió—. O que ha metido un gol en el recreo y se lo está contando a Dan con todo detalle.

Christine la miró con severidad.

—¡Qué cínica eres! Eran los amigos más íntimos de Luke, y lo sabes.

—¿Entonces por qué no se han ofrecido a leer algo durante el acto? —preguntó Juliet.

—¡Por favor, Jul! ¡No es así como se mide la amistad! Piénsalo. Vamos a ver, ¿te imaginas lo que tiene que ser perder a tu mejor amigo de la noche a la mañana? Ni siquiera encuentran su cuerpo, sencillamen-

te lo pierdes... Es natural que no quieran manifestarse delante de todo el mundo. Seguramente ni siquiera han empezado a superar lo que le ocurrió a Luke.

—Podrían haber pedido ayuda. No sé, algún tipo de asistencia psicológica —apuntó Juliet.

No estaba segura de por qué; quizá solo era pura cabezonería, pero lo cierto es que quería pinchar la imagen inflada que Christine tenía de Mark. Durante las semanas que siguieron a la desaparición de Luke, la escuela había sido invadida por una legión de especialistas bienintencionados que apremiaban a los estudiantes a expresar sus sentimientos con palabras.

—¿Y por qué iban a hacerlo? ¿Por qué iban a tener que hablar de sus sentimientos más íntimos con un extraño? —la voz de Christine se hizo más cálida—. Lo que necesitan es alguien que los conozca y que sepa exactamente por lo que están pasando.

«En otras palabras», pensó Juliet, «¡tienen que hablar contigo!». Pero no lo dijo en voz alta. Hubiera sido cruel..., y quizá Christine pudiera ayudar a los dos chicos después de todo. A medida que el primer aniversario de la desaparición de Luke se iba acercando, Mark y Daniel se habían vuelto cada vez más reservados. Si alguien se acercaba a ellos, o simplemente se rozaba con ellos por el pasillo, se mostraban

bruscos e irritables. De modo que si Christine era capaz de ayudarles... , pues adelante, bien por ella. En todo caso, daño no les haría.

Juliet miró el papel que tenía en la mano. Había terminado de redactar su contribución al acto después de un montón de tachaduras y correcciones: *Conocí a Luke el primer día que ambos pasamos en este colegio, hace cuatro años...*

Las lágrimas empezaron a escocerle en los ojos y volvió a doblar el papel. Tendría que practicar mucho más antes de ponerse delante de nadie sin perder el control. Ni siquiera había conocido muy bien a Luke, pero lo poco que había visto en él le había gustado. Su repentina desaparición era terriblemente desconcertante. Además, ¿había muerto realmente? ¡Quizá solo había huido! Pero todo el mundo parecía dar por hecho que estaba muerto. Se hablaba todo el tiempo de «cerrar» el caso... pero, ¿cómo se podía cerrar nada si nadie sabía lo que había pasado en realidad? Algo flotaba en la mente de Juliet, algo relacionado con aguas que se cerraban sobre la cabeza y te tragaban como si nunca hubieras existido. Eso era lo que le había ocurrido a Luke. Si no fuera por los carteles, dudaba de que nadie le recordase en absoluto. Ni siquiera Mark y Daniel, que parecían

tan afectados por su desaparición, hablaban nunca de él.

Esa era la razón por la que Juliet había decidido hablar en la ceremonia. No tenía intención de sacar a relucir las dudas que tenía sobre la muerte de Luke (con eso solo conseguiría que todo el mundo se sintiese mal), pero haría todo lo posible para mantener vivo su recuerdo.

Juliet hizo un mohín cuando ella y Christine salieron del salón de actos a un atardecer de invierno, frío y gris. Corría noviembre, y las noches eran largas y gélidas. Pero la habitual vivacidad de la charla al acabar las clases no había disminuido, mientras los chicos y chicas deambulaban esperando al autobús o al coche que les llevaría a casa. Otros se marchaban en sus bicis, y sus pilotos traseros se perdían oscilantes en la oscuridad.

Juliet tiró de su abrigo para ajustárselo más. Ella y Christine vivían en barrios opuestos de la ciudad, así que, una vez que llegaran a la entrada del colegio, saldrían en distintas direcciones.

—¿Hablamos luego? —dijo Juliet.

—Eso es —Christine tiritaba y metió los extremos de la bufanda dentro de la chaqueta—. Nos llamamos.

—Vale. Hasta luego.

Se alejaron, caminando rápidamente y bajando las cabezas contra el viento.

Juliet llevaba en el colegio cuatro años, desde los once, pero era la primera vez que hacía a pie aquel recorrido en la oscuridad. Su familia se había mudado de casa ese mismo verano. Daniel Gardner era ahora vecino suyo y la familia de Luke vivía a tres manzanas de distancia, en una parte algo más antigua de la urbanización. Cuando giró para salir de la calle principal, Juliet sintió una punzada de malestar al darse cuenta de la gran diferencia que suponía la escasez de luz. Las referencias habituales (una farola torcida o la marquesina de la parada de autobús, cubierta de pintadas) solo se hacían visibles muy de cerca. Todo parecía tardar más en llegar, todas las distancias parecían alargarse.

Aquel era el camino que Luke debió de haber recorrido a diario. Y un día lo había emprendido en la oscuridad, como ella..., y nunca se le había vuelto a ver.

—Estupendo —murmuró Juliet—. Justo en eso necesitaba pensar yo ahora mismo...

Giró a la derecha, hacia el parque. Siempre lo cruzaba caminando. En verano había niños jugando al

fútbol o salpicándose unos a otros en la fuente. Ahora, Juliet se dio cuenta de que el parque no tenía luces en absoluto. La calle que lo rodeaba estaba totalmente iluminada, pero la amplia extensión abierta de hierba y arbustos que había en medio parecía un gran agujero negro. Juliet le echó una ojeada y decidió rodearlo por el exterior. Solo supondría diez minutos más de camino.

Sus tacones repicaban sobre la acera y los coches pasaban zumbando por la calzada como pequeñas islas de calor, mientras caía la noche. «Quizá tendría que empezar a ir al colegio en bici», pensó. Encendería el faro y no saldría de las calles principales, pero se plantaría en casa en la mitad de tiempo.

Llegó a Market Street, al otro lado del parque. Era poco más que una callejuela estrecha que, frente a la entrada norte del parque, llevaba hasta la parte más comercial de la ciudad. Juliet observó la calleja con aprensión. Era el único camino para atravesar la manzana sin añadir otros veinte minutos al trayecto.

Al fondo de la callejuela podía ver la plaza del mercado, brillantemente iluminada, con su ajetreo de gente y autobuses. No estaba lejos; solo a un minuto de distancia si apretaba el paso. Después, seguiría por

calles grandes y con buenas farolas hasta la misma puerta de su casa. Empezó a caminar.

La oscuridad pareció tragársela a los pocos pasos. Una vez que sus ojos se hicieron a ella, pudo ver los detalles de los edificios a ambos lados. Los portales y los muros parecían pálidos; las ventanas que había en ellos, solo huecos negros. Casi todas las casas de la calle llevaban ya vacías bastante tiempo.

Juliet se aproximó a una vieja carnicería y se estremeció. Unas enormes planchas de metal clavadas con remaches cerraban la entrada para disuadir a posibles ocupantes ilegales. Sobre la puerta habían pegado un gran cartel que decía «ESTADO DE RUINA».

Solo consiguió distinguir la pintura color rojo oscuro de la tienda y los rótulos medio desmoronados. Las ventanas estaban veladas por la suciedad y las telarañas, pero las sombras parecían agolparse con mayor densidad fuera, en la acera.

Juliet vio con sorpresa que había una figura algo más allá. Estaba de puntillas, espiando el interior a través de una de las mugrientas ventanas. Aunque la luz era muy tenue, Juliet reconoció la silueta alta y desgarrada, la pelambreira y el flequillo caído. Era Daniel.

Le llamó en la oscuridad.

—¿Daniel? Soy yo, Juliet.

Daniel giró en redondo bruscamente, con aire sobresaltado.

—Estaba... eh... viendo si hay okupas —balbuceó—. Mi padre es el dueño de esta tienda.

—¿Okupas? —Juliet no podía imaginarse a nadie ocupando ilegalmente un lugar tan frío y poco apetecible—. No parece que haya nadie ahí dentro, ¿no crees? Parece cerrado para siempre.

—Ya... bueno...

Juliet pensó que quizá los ojos de ambos se habían encontrado fugazmente, pero era imposible asegurarlo en aquella oscuridad. Luego él pasó rápidamente por su lado y se dirigió hacia el parque siguiendo el camino por el que ella había venido.

Juliet se quedó inmóvil por un momento, observando cómo la silueta larguirucha trotaba hacia la luz del fondo de la calle. Cuando se apagó el eco de sus pasos, la calle volvió repentinamente a ser fría y silenciosa. El silencio cayó como una niebla desagradable y Juliet se sintió de pronto una intrusa, un ser humano y cálido en aquel lugar gélido, muerto. Pero, justo cuando echó de nuevo a andar hacia la plaza del mercado, unas notas estridentes hicieron añicos el silencio como si fuera de hielo.

Juliet dio un brinco, y luego sonrió y se dijo a sí misma que había dejado que las sombras la asustaran. Hurgó en su bolso para sacar su teléfono móvil mientras caminaba rápidamente hacia la plaza. La pequeña pantalla se había iluminado y mostraba el icono de un sobre y las palabras «Mensaje nuevo».

Seleccionó «Leer mensaje» y miró la línea «De». No era de ningún número que pudiera identificar.

ayúdame

Desplazó el cursor hacia abajo, pero aquello era todo lo que había.

¿Por qué una persona desconocida le pediría ayuda precisamente a ella? Ayúdame... ¿A qué?

Seleccionó «Responder».

¿m ers? qupsa?

Se detuvo cuando estaba a punto de pulsar «Enviar». Quizá fuera un mensaje-basura publicitario. Si contestaba a ese número a lo mejor la bombardeaban luego con mensajes sobre vacaciones al sol, cristales dobles insonorizados o formas de hacerse rica en un periquete.

Pero, ¿y si era de alguien que realmente necesitaba ayuda? Por fin pulsó «Enviar» en el momento en que desembocaba en la ajetreada y bien iluminada plaza del mercado.

La última parte del trayecto era cuesta arriba hasta la nueva urbanización, edificada en lo que antes habían sido las campiñas que dominaban la ciudad. Al llegar a la entrada de su casa, el teléfono de Juliet volvió a emitir su tañido chillón. La trabajosa subida la había hecho entrar en calor, pero lo que estaba deseando era meterse en casa y escapar del anochecer, frío y húmedo.

Era otro mensaje de texto.

Juliet manipuló torpemente el teléfono con sus manos enguantadas. En cuanto dejó de moverse, se sintió penetrada por una ráfaga cortante de aire frío. Aquello no ayudó a que su humor mejorara.

El mensaje procedía del mismo número.

mestoy belando

—Bien, pues ya somos dos —masculló Juliet.

Estaba claro que tenía al otro lado a un bromista, algún idiota que había conseguido su número y quería

divertirse un poco. Dejó caer el teléfono en el bolsillo y abrió la puerta de la casa de un empujón.

—Oye, ¿no fue más o menos a estas alturas del año pasado cuando desapareció aquel chico? —comentó inesperadamente el padre de Juliet, que nunca estaba muy al tanto de las cosas, cuando la familia terminaba de cenar.

—Sí, papá —suspiró Juliet.

Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había hablado con él sobre el acto en memoria de Luke. No valía la pena recordárselo ahora.

—Debe de ser duro para sus padres —comentó, mientras cogía el periódico.

Juliet puso los ojos en blanco, pero su madre consideró que aquél era un buen momento para intervenir en la conversación.

—¿No te acuerdas, Alan? —le dijo al padre de Juliet—. El colegio va a celebrar un acto dentro de un par de días. Juliet va a pronunciar un discurso.

—Una lectura, mamá —le corrigió Juliet.

—¿Ah, sí? —su padre la miró por encima del periódico—. ¿Sobre qué?

—Sobre Luke —murmuró.

—¿Luke?

—¡El chico que desapareció!

Juliet consiguió contener su irritación mientras rebañaba la última cucharada de tarta de queso.

—Quizá convendría repasar en voz alta esa cosa que vas a leer —siguió su padre—. Tienes tendencia a tragarte las consonantes.

—¡Papá, me he pasado toda la tarde ensayando!
¡No necesito leerlo otra vez!

Su padre la miró entornando los ojos.

—No es necesario hablar a gritos, jovencita. Todo el mundo necesita practicar.

—Alan, deja tranquila a la pobre chica —intervino la madre de Juliet—. Tiene que sentirse afectada por esa conmemoración.

—Eso no disculpa los malos modales —dijo él—. Ese chico, Luke, ¿no sería un noviete tuyo?

—¡Alan! ¡Supongo que Juliet nos lo habría dicho!
—exclamó su madre, y miró de soslayo a Juliet—. ¿No es cierto? Porque no salías con él, ¿verdad?

—Mamá, si casi no lo conocía... —murmuró Juliet.

—Está bien, cariño. Pero estoy muy contenta de saber por Christine que estáis saliendo las dos con Daniel y Mark. Os vendrá muy bien a los cuatro.

—¿Cómo? —dijo Juliet.

¡Era la primera vez que oía semejante cosa! Iba a retorcerle el pescuezo a Christine. Y sonreiría mientras lo hacía...

—Bueno, es que he hablado con Christine hace un rato y... ¡Ay, lo siento! ¿No tendría que saberlo? —su madre le guiñó el ojo—. ¿Es un secreto?

Juliet hundió la cabeza en las manos y se levantó de la mesa en cuanto le fue posible hacerlo sin que le regañaran.

—¡Ensayo ese discurso! —le recordó su padre al salir.

Más tarde, aquella misma noche, Juliet estaba echada en la cama con la luz apagada y mirando al techo. Había pasado las últimas horas con la vista clavada en sus deberes de matemáticas. Por lo general, aquello solía tener sentido (de hecho, las matemáticas eran una de las asignaturas que mejor se le daban), pero aquella noche las ecuaciones no habían pasado de ser solo unos garabatos en papel. Su mente estaba viajando en demasiadas direcciones distintas como para pensar en el valor de x o de y . Luke, muerto; su padre, chinchándola...

Y encima, gracias a su mejor amiga, su madre estaba convencida de que tenía un novio nuevo.

—¡Te la estás ganando a pulso, Chris! —farfulló, y en ese mismo momento sonó su móvil con otro aviso de mensaje.

Buscó a tientas sobre la mesilla de noche y se encendió la pantalla del teléfono, difundiendo un resplandor fantasmal en la habitación.

Era el mismo número de antes.

no puedo salir

Juliet dio un gemido. ¿Quién sería semejante cretino?

Se quedó un momento pensando.

Mira que si alguien necesitaba de verdad su ayuda... Aunque, si solo se molestaba en mandarle un mensaje cada varias horas, sus apuros no podían ser tan grandes. Fuera cual fuese su problema, estaba tardando lo suyo en alcanzar el punto crítico... Y sin embargo...

Se sentó en la cama. Llamaría a aquel idiota y lo averiguaría. Si estaba realmente en un apuro, ya vería lo que podía hacer. Y si era solo alguien con ganas de enredar, chico o chica, se iba a enterar de una vez por todas.

Juliet seleccionó «Llamar» y mantuvo el teléfono pegado a la oreja. Durante el tiempo de conexión de

la llamada, solo pudo oír el eco de los latidos de su propio corazón que le devolvía el aparato.

De pronto sonaron tres estridentes notas en su oído y una voz muy educada dijo: *El número marcado no es correcto. Por favor, compruébelo e inténtelo de nuevo.*

—¿Pero qué me dice? —dijo Juliet en voz alta, aunque sabía que se trataba de una voz grabada—. ¡Eso es imposible!

¿Cómo que el número no era correcto? ¡No podía estar recibiendo mensajes de un número inexistente!

Sabía cómo podía hacerse con el correo electrónico: simular el encabezamiento del mensaje para que pareciera que venía de otro remitente. Pero nunca había oído que pudiera hacerse con un mensaje de texto telefónico.

Eso sí, si alguien lo estaba haciendo a propósito, era obvio que no podía estar en ningún apuro. Lo estaba haciendo para tomarle el pelo, y no iba a darle la satisfacción de permitirle creer que se había tragado el anzuelo. Pulsó con el pulgar la tecla de desconexión y la mantuvo presionada hasta que el teléfono dejó de dar señales de vida.

Juliet se levantó sintiéndose muy descansada, a pesar de haber soñado con ecuaciones. Las otras cosas que le habían estado preocupando aquella noche le parecían ahora muy distantes. Buscó el interruptor de la luz y se frotó los ojos con el puño antes de encenderla.

El móvil estaba donde lo había dejado la noche anterior. Su verde pantalla exánime la contemplaba. Volvió a conectarlo. Mientras la pantalla desarrollaba su proceso de vuelta a la vida, volvió a dejarlo y se dirigió al cuarto de baño.

Antes de que llegara a la puerta, el tono de mensaje nuevo sonó una vez más.

Juliet se detuvo. Volvió la cabeza y miró el teléfono. Sintió un tirón de incertidumbre en el fondo de su conciencia. ¿Sería otro de aquellos estúpidos textos? Se dio la vuelta y cruzó la habitación en dos zancadas. Agarró bruscamente el teléfono y buscó el mensaje en la pantalla. Aquél majadero se iba a enterar de una vez por...

El mensaje era de Christine. Había sido enviado la noche anterior, después de que Juliet desconectara el móvil.

—¡Ah, Chris! —suspiró Juliet con alivio.

bla J! qrs vnir ala caye > d tndas dspus d clas?

Ir de tiendas con Christine le pareció de pronto la mejor idea posible para distraer su atención del idiota que no paraba de mandarle mensajes.

clro! talueg

El teléfono volvió a sonar casi inmediatamente y Juliet sonrió al dirigir la vista a la pantalla. ¡Era evidente que Christine necesitaba una «terapia de compras» con urgencia! Luego leyó:

tengo miedo

—Papá —dijo Juliet durante el desayuno.

—¿Hmmm? —dijo él, clavando el cuchillo en la mermelada de naranja y alisando el periódico con la otra mano.

Mientras se vestía, Juliet se había planteado en serio contarle a su padre lo de los mensajes. Si él creía que no eran nada por lo que tuviera que preocuparse, lo diría. Pero si estaba siendo acosada por algún tipo desconocido y raro, seguro que le interesaría saberlo, ¿o no? Así que dijo tímidamente:

—Me han estado mandando una serie de mensajes de texto al móvil...

—Qué cosa tan simpática.

Su despiste resultaba fastidioso, y eso le dio a Juliet más valor para hablar.

—Pues no, no lo es. Son inquietantes —sacó el móvil y los recorrió uno tras otro—. Son de alguien a quien no conozco. Mira: *Ayúdame*, *Me estoy belando*, *No puedo salir*, *Tengo miedo*. Papá, son... bueno, pues eso, inquietantes.

—Sí. Probablemente es... —su voz se perdió cuando unos titulares llamaron su atención—. ¡Eso es! ¡Por protestar tanto! ¿Pero es que no puede pasar un solo día sin que se especule con los precios inmobiliarios? Si la gente no hiciera esos sacrificios excesivos con sus hipotecas, se terminaría todo este disparate.

—¡Papá! —protestó Juliet.

—Lo siento, cariño —dijo él, sin despegar apenas los ojos de la página—. Sí, seguramente solo habrá sido un chico, algún majadero obsesionado por ti que intenta llamar tu atención. Ni caso... ¡Qué barbaridad! ¿Sube otro uno por ciento?

—Me marchó al colegio —anunció Juliet, entre dientes.

Bajó por la calle en cuesta dando pisotones y de muy mal talante. Ya guardaba en su móvil cuatro mensajes de un número que no existía, y su interlocutor, quienquiera que fuese, o tenía un sentido del humor francamente morboso o necesitaba ayuda en serio.

El tiempo no ayudaba nada a mejorarle el humor. Era más templado que la víspera, pero una llovizna muy fina lo descompensaba. El agua parecía flotar en el aire, de modo que uno no se daba cuenta de que llovía hasta que estaba ya empapado. Para cuando Juliet llegó al pie de la cuesta, ya sabía que iba a llegar al colegio calada hasta los huesos.

Pero poco a poco, algo le distrajo de su mal genio. Era la conciencia de que no estaba sola. La estaba siguiendo un coche..., un coche que bajaba despacio por la calle tras ella, manteniéndose exactamente a su misma velocidad.

No estaba del más mínimo humor para una cosa así. Decidió que probablemente no iban a secuestrarla a plena luz del día, así que se plantó con los brazos en jarras y miró sin pestañear al parabrisas. El coche era un turismo recién salido de fábrica, azul metalizado, y sus cristales estaban empañados por finas gotas de lluvia.

La ventanilla del conductor bajó y por ella asomó un hombre joven.

—¡Eh, Jul!

Juliet se relajó al instante.

—¡Dave!

Miró rápidamente a un lado y a otro, y a continuación cruzó corriendo la calzada.

Dave era su primo. Solo tenía unos pocos años más que ella, los justos como para ser una especie de hermano mayor, sobre todo porque Juliet no tenía hermanos ni hermanas de verdad.

—¿Te llevo al colegio? —ofreció Dave.

—¡Vale! —sonrió Juliet.

Corrió al otro lado y entró en el coche por la puerta del pasajero. El interior era caliente y seco y tenía ese olor como a plástico brillante de los coches nuevos.

—Muy chulo —dijo con gesto aprobatorio, tras inspeccionar el impecable interior—. ¿Cuánto hace que lo tienes?

—Lo recogí el viernes —dijo satisfecho Dave—. Están a punto de subirme el sueldo, así que decidí celebrarlo.

—¡Qué estupendo! —dijo ella—. ¡Debes de gustarte mucho en la comisaría!

Dave era agente de policía. Ahora iba uniformado solo a medias; llevaba puesta su propia chaqueta de cuero, pero debajo asomaban el cuello de su camisa blanca, cerrado por una corbata oscura, y unos pantalones azul marino.

Quizá no tendría que descalificar por inútiles a todos los miembros de su familia después de todo, pensó Juliet.

—Dave —empezó a decir lentamente—, ¿puedo preguntarte una cosa?

Dave la escuchó con atención mientras le contaba lo de los mensajes. Cuando terminó, su gesto era serio.

—¡Jul, si estás siendo acosada, tienes que informar de ello! Díselo a la compañía de teléfonos. Pueden dejar a ese tipo sin conexión si es necesario.

—¡Pero es que el número no existe! —le recordó ella.

—Existe, de lo contrario no te llamaría. Eso se llama suplantación de identidad, Jul. Es perfectamente posible disimular tu identidad en un móvil. Solo hacen falta unos poquitos conocimientos técnicos suplementarios. Me sorprendería que la compañía no pudiera dar con él.

Juliet calló, jugueteando con el móvil en sus manos. En realidad quería pedirle a Dave un gran favor.

—¿Podrías dar tú con él? Quiero decir, para no hacer de esto una queja formal, ¿no podrías intentarlo tú? ¿Aquí, entre nosotros?

Dave la miró por un momento y luego volvió a mirar a la calzada.

—Bueno, sí podría —dijo—. Pero al utilizar recursos de la policía para fines personales quizá me metería en un lío gordo... A menos que quieras denunciar a ese tipo, Jul, este no es un asunto policial.

—Pero es que no quiero denunciarlo, sea quien sea —dijo Juliet con expresión de impotencia—. Por eso te estoy pidiendo hacerlo de esta forma. Me da miedo tener una reacción exagerada. Si es un acosador obsesivo, pues sí, claro que quiero denunciarle, pero si solo es un estúpido crío del colegio que se cree muy gracioso, no merecería la pena armar jaleo por eso. Y si es alguien en apuros, quisiera ayudarle, la verdad. ¡Pero es que no sé quién es! Y no lo sabré mientras no me entere de dónde sale ese número...

Se interrumpió, hecha un lío.

Habían llegado a la entrada del colegio y Dave aparcó junto a la acera.

—¿Puedo ver esos mensajes, Jul?

Ella le dio el teléfono y miró cómo iba pasando los textos por la pantalla. Él arqueaba las cejas cada vez que leía uno, en voz muy baja.

De repente Juliet ahogó un grito y se agarró al borde de su asiento. Acababa de asaltarle una visión; una absoluta certidumbre sobre su extraño interlocutor. Era alguien solo, helado y aterrado. Y estaba a oscuras. En un espacio pequeño, oscuro, cerrado. Apenas podía respirar...

Juliet se mordió un labio. ¿Cómo podía creer en todo aquello? No era posible estar tan segura solo sobre la base de unos cuantos mensajes tontos. Era alguien que quería tomarle el pelo y punto.

Dave la estaba mirando, preocupado.

—Te está afectando en serio, ¿verdad? —le dijo suavemente.

Ella asintió con la cabeza, sin atreverse a hablar. Él dio un suspiro y le devolvió el teléfono.

—Escríbeme el número —dijo— y veré lo que puedo hacer.

Juliet se sintió un poquito mejor al entrar en el colegio. Quizá, para cuando terminara el día, Dave ya le habría dicho quién había hecho las llamadas y ella

podría enfrentarse con quien fuese. Se moría de ganas de ver qué cara ponía.

Christine la esperaba emboscada detrás de la puerta de entrada.

—¡Jul! ¡Jul! ¡Es de lo más genial!

Juliet se dejó arrastrar del brazo hasta donde terminaba el patio de recreo. Los ojos de Christine chispeaban y sus mejillas estaban encendidas por manchas coloradas.

—¡Mark ha dicho que quiere salir conmigo! ¡Conmigo! Y va a encontrarse con nosotras en la calle mayor esta tarde.

—¿Nosotras? —repitió Juliet.

—¡Pues claro, nosotras! Dijiste que vendrías, ¿no te acuerdas?

A Juliet se le había olvidado completamente que había quedado en ir de tiendas después de clase. Su conversación con Dave y su preocupación por el extraño personaje del móvil habían borrado aquello de su mente, a pesar de que le había gustado la idea al recibir el mensaje de Christine. Se preguntó si sería capaz de encontrar una excusa para largarse antes de que acabaran las clases. Quizá, si Dave la llamaba con el nombre del obseso de los mensajes...

—Sí, claro —contestó.

El día fue transcurriendo de forma tan penosa como el ánimo de Juliet. Durante la hora de la comida, sonó su teléfono. Pero esta vez era el tono normal de llamada. Alguien la estaba telefoneando, y no enviándole un mensaje de texto... , aunque no le tranquilizó mucho ver que la pantalla decía «Número no disponible».

—¡Eh! ¿No vas a contestar a eso? —preguntó Christine, y Juliet se dio cuenta de que se había quedado plantada con el móvil en la mano, limitándose a mirarlo fijamente.

—Ah, sí, claro —dijo, y tras pulsar la tecla verde de comunicación, sujetó cuidadosamente el aparato contra su oreja—. ¿Di-diga?

—Suenas totalmente aterrada —dijo una voz de hombre—. ¿Estás bien?

Juliet dio un suspiro de alivio.

—Hola, Dave. Sí, yo...

No sabía bien qué decir.

—Jul, he hecho alguna averiguación a propósito de ese... bueno, ese asunto que me pediste que averiguara —dijo Dave.

El corazón de Juliet se puso a latir con violencia y notó que sus dedos húmedos resbalaban sobre el teléfono.

—¿Ah, sí?

—Tu suplantador es más listo de lo que creía. Está usando un número que ha estado un año entero fuera de servicio. De hecho, mañana hará justo un año que se utilizó por última vez.

—¿Quién lo hizo? —quiso saber Juliet.

—Lo siento, Jul. Esa información es personal y realmente no puedo dártela. Mira, lleva el asunto a la compañía de teléfonos. Es lo mejor que puedes hacer. Chao.

La línea se cortó y Juliet se quedó mirando al móvil, frustrada. Sonaba como si Dave estuviera convencido de que la cosa era obra de algún bromista que utilizaba un número fuera de uso. Pero, ¿qué sentido tenía semejante broma? Si estaban tratando de asustarla, ¿no les resultaría más eficaz llamarla? Quizá respirar hondo en el teléfono, intentar forzarla a decir algo... ¿O no querían saber cómo sonaba su voz?

—Muy bien —masculló.

Iba a llegar al fondo del asunto. La forma más segura de que la asustaran era dejarse asustar. Pero en vez de eso iba a contraatacar. Iba a enfrentarse con él, quienquiera que fuese. O con ella.

Seleccionó el último mensaje que había recibido, pulsó «Responder» y envió la siguiente contestación:

no se qn ers pero no pdo aydr si no me dcs qe pasa

El icono del sobre giró en la pantalla y apareció la nota «Mensaje enviado». Casi inmediatamente fue sustituida por la de «Mensaje nuevo» y el teléfono se puso a zumbar en su mano.

Juliet pestañeó, asombrada, y localizó el nuevo mensaje.

soy tu amig y te ncsito

Juliet casi dejó caer el teléfono. No era posible, no era posible que a nadie le hubiera dado tiempo de teclear una respuesta a su texto. ¡NO ERA POSIBLE!

Pero alguien lo había hecho.

Las tiendas estaban animadas e iluminadas con luces multicolores. A mediados de noviembre, estaban ya centradas en la Navidad, decoradas con adornos recargados y arrulladas por el constante sonido de fondo de villancicos navideños cursis. El centro comercial tenía tres plantas y Christine y Juliet iban derechas a la segunda, donde estaban las mejores tiendas de ropa.

—Chris —dijo Juliet mientras subían por la escalera mecánica.

Christine se estaba pasando por los labios un lápiz de brillo. El artificial olor a fresa hizo marearse ligeramente a Juliet.

—¿Hmmm?

—Oye... ¿Qué harías tú si hubiera alguien que... pues eso, que te acosara constantemente?

Christine giró el lápiz brillo para meterlo en su tubo y lo dejó caer dentro del bolso.

—No lo sé. Depende de quién fuera, supongo.

—Imagínate que no lo supieras. Imagínate que solo tuviera tu número de teléfono y te mandara mensajes extraños sin parar.

Christine sonrió de oreja a oreja.

—¡Eso sería todavía más genial! Podría inventarme quién era y así nunca me decepcionaría.

Juliet sospechó que Christine quizá no era la persona ideal de la que podía esperar comprensión, sobre todo si ya de entrada no podía hablarle de los mensajes con tranquilidad.

—Es que... —empezó.

—¡Mira! —dijo Christine, ahogando un grito.

Habían llegado al final de la escalera mecánica. Christine agarró con fuerza el brazo de Juliet y tiró

de ella hasta cruzar la puerta de la tienda más cercana.

—¡Tienes que ayudarme! —dijo con vehemencia—. Hay dos camisetas que son tan monas, las dos... Tengo que saber cuál le gustaría más a Marc... Espera aquí.

Soltó el brazo de Juliet y desapareció entre los estantes de ropa, dejando a Juliet rumiar su irritación en silencio. ¿Acaso las amigas no estaban para hablarse? ¿Pero cómo, si una de ellas no era capaz de escuchar nada que tuviera una cierta importancia?

Sacó su móvil y lo contempló como si encerrara el secreto del interlocutor misterioso y todo lo que tuviera que hacer fuera mirarlo fijamente hasta que revelara su identidad. Repasó con lentitud los mensajes hasta que el último de ellos apareció en la pantalla...

De pronto, le arrebataron el teléfono de la mano.

—¡Jul! ¡Por favor! —Christine había vuelto (¿cuánto tiempo llevaría allí?) con un par de camisetas en las manos—. ¡Hazme caso, mujer! Esto es mucho más importante que...

Miró el mensaje y abrió unos ojos como platos.

—¡Madre mía! ¡Madre mía!

Por un momento, Juliet pensó que su amiga se había quedado de piedra al ver los inquietantes mensajes. Curiosamente, eso le hizo sentirse mejor. Puede que exagerara al juzgarla mal.

Pero entonces, Christine bajó la voz y miró a uno y otro lado, como para asegurarse de que no las estaban escuchando.

—¡Así que era esto lo que querías decirme con lo de los mensajes! ¡Tienes un novio! ¿Por qué no me lo has dicho?

Juliet le arrebató el teléfono a su vez.

—¡No tengo ningún novio! —dijo con voz sibilante—. No sé quién es. Alguien me ha estado mandando mensajes de texto anónimos y...

Christine hizo una profunda aspiración y su mano se disparó hasta su boca, corriendo todo el brillo de labios que tan cuidadosamente se había aplicado.

—¡Espera, Jul! ¡Yo sé exactamente quién es!

—¿Quién? —Juliet estaba dispuesta a prestar oídos a cualquier teoría.

—¡Es Daniel! ¡Vamos, sabes que tiene lógica! Tú y yo somos amigas íntimas, ¿no? ¡Y Mark y Daniel son amigos íntimos, así que está claro que quiere salir contigo! ¡Está intentando quedar!

—¿Por el sistema del acoso anónimo? —masculló Juliet, pero Christine no la escuchaba.

—¡Ay, Jul! ¡Los cuatro juntos! ¡Qué maravilla! —tiró de Juliet para abrazarla—. Mira, olvidémonos de estas estúpidas camisetas. Vamos ahora mismo a buscar a Mark. Le he dicho que estarías aquí esta tarde. Te apuesto lo que quieras a que Daniel está con él.

Juliet lo dudaba, pero dejó que Christine tirara de ella fuera de la tienda. No podía recordar haber percibido jamás en Daniel el menor signo de interés por su persona. Si realmente estaba intentando pedirle que saliera con él..., bueno, tenía que reconocer que lo de los cuatro juntos sonaba bien. Daniel tenía una sonrisa de lo más agradable, las pocas veces que se molestaba en mostrarla. Más bien tímido, daba la impresión de que cualquier chiste suyo tenía en el fondo más miga de la que se sentía dispuesto a compartir.

Y si era realmente Daniel quien estaba enviando los mensajes..., bueno, pues la situación sería unas mil millones de veces menos alarmante, porque Juliet no tendría el menor problema en plantarle cara. Podría hacer una broma a propósito del asunto, decirle que había formas mucho mejores de llamar su aten-

ción, como salir al cine o saltarse un viernes la hora de deportes para pasar la tarde juntos.

Pero no creía que fuera él, y no solo porque la lógica de Christine se basaba más en deseos que en hechos. Daniel ni la había mirado cuando se separaron frente a la carnicería... Es más, ¿no estaba huyendo de ella cuando llegó el primer mensaje, unos segundos después? No había dado la menor impresión de estar interesado en ella en ese momento, y no pudo haber enviado ningún mensaje de texto mientras corría por la callejuela hacia el parque. No, Juliet no creía que fuera Daniel.

Quienquiera que estuviese enviándole mensajes seguía campando por ahí a sus anchas. ¿Pero dónde?

Una de las predicciones de Christine resultó cierta, sin embargo: Daniel estaba con Mark cuando se encontraron. Los chicos ya habían ocupado una mesa en el Coffee Place. Mark se levantó sonriente cuando las vio llegar.

—Hola, Chris —dijo, con un calor nada en consonancia con la impresión que Juliet tenía de él hasta entonces: introvertido, reservado y poco paciente con las personas que no conocía muy bien.

A lo mejor era verdad que le importaba Christine, y puede que ella le estuviese ayudando a superar lo de Luke. Si era así, Juliet se alegraba.

—Hola —jadeó Christine, agarrando con fuerza por un instante el brazo de Juliet, que trató de no inmutarse.

Daniel siguió el ejemplo de Mark y, con mayor lentitud, desenchajó su desgarrada complexión de la silla en que estaba. Miró a Juliet, que pudo confirmar casi con toda seguridad que Christine se equivocaba a propósito de sus sentimientos. El flequillo le tapaba los ojos y resultaba difícil saber lo que estaba pensando, pero el gesto de su boca no mostraba excesivo entusiasmo.

—Hola, Juliet —dijo en tono inexpresivo.

—Hola —contestó ella, en tono igualmente inexpresivo.

Si el desinterés de Daniel era tan grande, lo más probable es que no la invitara a tomar nada, y tenía mucha sed.

—¿Queréis que os pidamos algo? —dijo con intención.

Daniel se encogió de hombros.

—Bueno. Coca Cola.

—Eso, excelente idea —añadió Mark.

—¡Vale! —dijo Christine, parecía delirante de felicidad ante el privilegio de pedirle una bebida a su chico—. ¿Hielo? ¿Rodajita de limón?

¿Una rodajita de limón en un sitio así? Con mucha suerte...

—Vamos Chris, que no tenemos todo el día —masculló Juliet, tirando de ella hacia la barra.

La chica de la barra parecía empeñada en batir un récord de servicio lento. Si hubiera esperado a que le creciera un par de limoneros en el patio de atrás no hubieran tardado menos. Christine llevó las dos primeras cocacolas a la mesa y Juliet esperó unos minutos más por las otras dos. Cuando se acercó con ellas, se le cayó el alma a los pies al oír el contenido del parloteo de Christine.

—...algún admirador secreto que le manda mensajes sin parar...

La forma en que Christine lo decía y el modo en que miraba a Daniel con el rabillo del ojo dejaban perfectamente claro quién pensaba ella que era el remitente de los mensajes. Daniel parecía francamente aburrido.

—Chris, no tiene importancia... —empezó a decir Juliet.

—¿Qué no tiene importancia? —protestó Christine—. ¡Vamos, mujer!

Antes de que Juliet pudiera impedirselo, Christine sacó de un tirón el móvil del bolso de su amiga, abrió el menú de mensajes y se lo plantó a Daniel delante de los ojos. Las manos de Juliet estaban llenas de botellas de coca cola y tuvo que limitarse a contemplar la escena, consternada.

—¿Y tú, Daniel, qué me dices de esto? ¿Eh? —le interrogó Christine.

Daniel cogió el teléfono y miró la pantalla.

Su cara palideció intensamente y puso el móvil en la mesa de golpe, como si le quemara en las manos.

—¿Algún problema, Dani? —dijo Mark; recogió el teléfono y echó un vistazo fugaz a la pantalla—. Bah, no es nada. Una de esas estupideces promocionales. Mandan cosas de este tipo todo el tiempo y te cobran mogollón si contestas. Olvídalo, Juliet. He oído que ahora hay móviles que pueden bloquear los números que no quieres que te llamen. Quizá deberías comprarte uno de esos, ¿no crees, Dani? —y miró con insistencia a su amigo, que se sonrojó.

—Pues sí —dijo—. Buena idea.

—Ya —murmuró Juliet—. Quizá sí.

Recordó haber pensado que podría ser un truco de marketing cuando recibió el primer mensaje. Pero

después había tenido aquella conversación con Dave y se había enterado de lo del número fuera de servicio. Y una compañía de *marketing* usaría un número nuevo, ¿no?

Daniel se subió nerviosamente el puño de la manga y miró su reloj.

—Esto... tengo, eh... que irme —dijo—. Tengo... eh... una cosa —mover su silla hacia atrás y dirigió a Juliet una débil sonrisa—. Lo siento.

Mark frunció el ceño.

—¿Pero no íbamos al cine?

—Sí, bueno..., es que ya sabes... —dijo confundidamente Daniel.

Estaba ya marchándose. En cuanto llegó a la puerta del café, se volvió y desapareció entre la multitud de compradores.

Christine miró a Juliet con ojos atónitos por la decepción.

—¡Oh, Jul, cuánto lo siento! No creí que te fuera a dejar plantada de este modo. Qué tipo tan idiota...

—¿Dejarte plantada? —dijo Mark—. ¿Te había pedido Dani que salierais o algo?

—Vamos hombre, por favor —dijo Christine, antes de que Juliet pudiera contestar—. Bastaba con mirarle...

—No importa —intervino Juliet—. No importa, de verdad.

—Bueno, es que la tecnología muy sofisticada siempre le ha aterrado al bueno de Gardner —dijo Mark, blandiendo el móvil de Juliet—. Esto ha debido de espantarle. A Dani le gustaría vivir en la Edad de Piedra. Ni siquiera tiene un chisme de estos.

—¿Qué? —Christine no se hubiera quedado más estupefacta si le hubieran dicho que Daniel vivía en una caja de cartón—. ¡Que no tiene un teléfono móvil!

Juliet miró a Mark sin pestañear, agarrada al borde de la mesa.

—¿Estás seguro de eso? ¿De que no tiene móvil, quiero decir?

—Bah, no los soporta —dijo Mark despreocupadamente; dio un sorbo a su cocacola—. La verdad es que es una faena cuando queremos citarnos para entrenar un rato al fútbol.

A Juliet le daba vueltas la cabeza. Aunque había estado casi segura de que no era Daniel quien le enviaba los mensajes, el hecho de que no tuviera móvil le descartaba definitivamente. Y en aquel preciso momento no sabía cómo tomarse la noticia. La idea de un acosador anónimo le parecía de pronto más amenazadora

que antes, y deseaba salir de aquel sofocante café y encontrar un sitio más tranquilo donde poder pensar.

—¿Puedes devolverme el móvil, Mark?

—¿Dime? —Mark se dio cuenta de que todavía tenía el teléfono de Juliet en la mano—. Ah, sí, claro. Perdona.

Se lo devolvió y Juliet lo metió en su bolso. Luego movió hacia atrás su silla y salió del café prácticamente corriendo, tratando de no pensar que el remitente de los textos podía ser cualquiera..., incluso alguien que se encontrara en el centro comercial, alguien que estuviera observándola en ese mismo momento, esperando a que se quedara sola...

A través del espeso telón del escenario se filtraba el murmullo del abarrotado salón de actos del colegio. La señorita Worth estaba en su quinta velocidad organizativa, con las gafas incrustadas en el pelo enmarañado, tratando de coordinar a Juliet, a Christine, a Mark, a Daniel y a todos los que tomaban parte en el acto. Hoy era el Día: habían pasado exactamente 365 desde la desaparición de Luke Benton.

Juliet repasó sus líneas en voz baja y a toda prisa una vez más. Christine había dicho que podría leérselas en

voz alta para practicar... , pero claro, Christine estaba con Mark en el otro extremo del escenario, rodeada por el equipo de fútbol, entre el que no pintaba nada.

Obedeciendo a un impulso repentino, Juliet sacó el móvil del bolsillo. Puso la pantalla en blanco para enviar un mensaje y tecleó:

oye, me recrdas?

Seleccionó el número de Christine y pulsó «Enviar».

El teléfono vibró en su mano. La señorita Worth les había dicho a todos que desconectarán sus móviles, y Juliet había obedecido a medias, dejándolo en «modo silencioso». Miró la pantalla con gesto preocupado. En el cuadro de diálogo se leía «Error: imposible enviar mensaje» y aparecía el icono de un sobre abultado. Dio un gemido. Eso es lo que ocurría cuando el buzón de entrada o el de salida se llenaban de mensajes guardados. Significaba que tendría que repasar todos sus textos antiguos y decidir cuáles quería conservar y cuáles quería borrar. Sabía que podía seleccionar «Borrar todo» y vaciar el teléfono por completo, pero algunos de los viejos mensajes tenían cierto valor sentimental y quería guardarlos algún tiempo más. El texto que le había enviado Christine para animarla cuando la arresta-

ron en el colegio, por ejemplo, o uno del primo Dave anunciándole su compromiso matrimonial...

Aún faltaban algunos minutos para que empezara el acto. Juliet agachó la cabeza y empezó a borrar los mensajes más rutinarios: citas para encontrarse con Christine después del colegio, cotilleos compartidos, consultas sobre los deberes de clase... Esa parte fue fácil. Pero a continuación llegó a los cinco mensajes anónimos y se dio cuenta de que no sabía bien si los quería guardar o no. Movi6 lentamente el cursor arriba y abajo por la lista, mirando las breves palabras, casi sin sentido, y la fecha y hora en que habfa sido enviado cada mensaje.

Y entonces algo muy raro le sorprendi6. Sabfa que el mensaje m6s reciente habfa llegado la víspera y el primero dos dfaas antes. Pero ahora todos parecían haber sido enviados el mismo dfa. Y la fecha era precisamente la de hoy.

Por un momento, se pregunt6 si le pasarfa algo a la tarjeta de su m6vil. Busc6 un mensaje diferente; el que le habfa enviado Christine para ir de compras. No, ese llevaba la fecha correcta: dos dfaas antes. Juliet volvi6 a los cinco mensajes an6nimos.

Otra cosa rara les ocurrfa a las fechas: el dfa y el mes eran los de hoy..., pero el aña era distinto. Los

mensajes estaban fechados ese mismo día, pero el año anterior.

¡Hoy, el aniversario de la desaparición de Luke Benton, era también el aniversario del envío de aquellos mensajes!

Y lo que era todavía más raro, ya puesta a fijarse en cosas, eran las horas en que los mensajes parecían haberse producido. Se los habían enviado en orden inverso; cada uno de ellos había sido escrito unos minutos antes que el enviado anteriormente. El último que había recibido, «*soy tu amigo y te necesito*» había sido el primero en enviarse. Puestos en el orden correcto se leían así:

soy tu amigo y te necesito
tengo miedo
no puedo salir
estoy helando
ayúdame

Juliet notó como si unos dedos helados le recorrieran el espinazo y, a pesar del calor y del ambiente cargado que se respiraba tras el telón, sintió un escalofrío. Miró con ojos muy abiertos a la pequeña pantalla intentando encontrar algún sentido, cualquier sentido,

en lo que estaba leyendo. Y casi dejó caer de golpe el teléfono cuando le llegó otro mensaje y se puso a vibrar como un insecto en la palma de su mano. Lo abrió en la pantalla y tuvo que reprimir un sollozo.

—¡Oh, no! —musitó—. No, no, por favor, déjame ya...

Procedía del mismo número y había sido enviado antes que ninguno de los anteriores.

ste sitio sta cerrado pra siempre

—¿Qué sitio? —murmuró Juliet.

Cerró los ojos intentando poner todos los indicios en común. Algo que era helado, cerrado... Le asaltó de nuevo aquella visión de un lugar frío, oscuro, sin aire, en que casi no se podía respirar... Se estremeció y volvió a meterse el móvil en el bolsillo. ¿De dónde le había venido todo aquello? El asunto le estaba empezando a afectar, a corroer sus pensamientos como un gusano...

Algo en el último mensaje resonaba lejanamente en su memoria. Algo sobre estar cerrado para siempre...

«Market Street», pensó, y volvió a tiritar. Por un momento se sintió regresar al frío y a la humedad de

dos noches atrás. En mitad de Market Street, fuera de la carnicería desierta. Daniel miraba a través de la inmunda ventana, al parecer tratando de localizar okupas.

—Parece cerrado para siempre —había dicho ella.

Y eso había sido solo unos momentos antes de recibir el primer mensaje.

Juliet apretó los dedos sobre el teléfono, dentro de su bolsillo. De alguna forma, la carnicería abandonada tenía que ver con aquello.

—¡Eh, Jul! ¿Adónde vas?

La voz de Christine sonaba amortiguada por la húmeda niebla del anochecer, y Juliet hizo como que no la oía mientras se alejaba de la entrada del colegio. Se había deslizado fuera del salón de actos nada más terminar la ceremonia y caminaba deprisa, calle abajo, con las manos bien metidas en los bolsillos. Por un momento, se sintió culpable por evitar así a Christine. Pero luego, se repitió que Christine sencillamente no entendía, no podía entender, lo angustiada que ella se sentía por los dichosos mensajes, y le hubiera llevado demasiado tiempo explicárselo. Aquello era algo que Juliet tenía que resolver sola.

Caminó en la oscuridad.

Un viento helado barría Market Street, y la húmeda penumbra de la estrecha callejuela le daba un aspecto aún más frío, más parecido a un plano de vieja película en blanco y negro.

La última vez que Juliet la había visto, la carnicería no había sido mucho más que una silueta oscura, con sus ventanas como agujeros negros abocados hacia lo desconocido. Ahora que podía verla más claramente a la luz rojiza del crepúsculo, parecía todavía más amenazadora. Era una especie de bloque cuadrado y feo. La pintura parecía deteriorada a propósito, como si ni siquiera hubieran querido que la tienda resultara atractiva cuando la pintaron por primera vez. Algo así como un crío que en el colegio se sentara sistemáticamente con los pies sobre el pupitre.

Juliet no se sobresaltó cuando el tono de mensajes de su móvil rasgó el silencio. Casi lo estaba esperando. Miró lo que le acababa de llegar.

creo q se han ido tdos a casa

Juliet se estremeció. Quien le hubiera mandado aquello estaba solo. Igual que ella en ese mismo momento.

—También a mí me gustaría estar en casa —murmuró.

Apretó la cara contra la ventana. El mugriento cristal le devolvió el reflejo de su propia cara como una pálida mancha rosada sobre el fondo gris; en el interior solo pudo percibir unas pocas formas de contornos claramente definidos. La parte baja del vidrio tenía marcas de manos y pensó si podrían ser las de Daniel cuando había estado espiando el interior. También se preguntó por qué el padre de Daniel no habría dispuesto un servicio de seguridad como Dios manda, si tanto le preocupaban los okupas.

Se alejó unos pasos de la tienda y contempló el destartalado exterior.

—Pero ¿qué pinto yo aquí? —se interrogó en voz alta.

Que aquel fuera el lugar en que había recibido el primer texto anónimo solo podía ser una coincidencia. . .

—Vamos, olvídalo de una vez —masculló—. Ya está bien, Jul.

Se volvió para irse y sonó el teléfono móvil.

Juliet se detuvo en seco. ¿Qué posibilidades había, pensó con amargura, de que fuera Christine la que le mandaba un mensaje diciéndole que había roto con Mark?

Muy escasas. Lo sabía cuando sacó el teléfono. Muy escasas, la verdad.

No era de Christine. Era del número que cumplía un año.

me han encerrado

El resuello se le cortó a Juliet en el gaznate. ¡Encerrado! Eso duplicaba el horror de la visión que antes había tenido. Sin pensar en ello poco ni mucho, de alguna forma había dado por sentado que la persona que fuera había acabado en aquel lugar helado, oscuro y sin aire por accidente. Eso ya era lo suficientemente horrible...

¿La habrían encerrado deliberadamente?

Juliet inspeccionó las planchas de metal remachadas sobre el exterior de la tienda. Ni siquiera se veía el picaporte de una puerta. Miró a los lados y descubrió el hueco oscuro de un estrecho pasaje entre la carnicería y la tienda contigua. La entrada estaba condenada, pero tenía que haber una puerta trasera.

«no puedo salir...»

Juliet se introdujo en el pasadizo y volvió la cabeza a un lado cuando sus pies pisaron algo blanducho que prefirió no examinar muy de cerca. Sintió que sus espinillas contactaban duramente con lo que le pareció un cubo de la basura y soltó un exabrupto en voz baja... y luego más alta, cuando comprendió que no había nadie que la oyera. Por fin, las paredes del pasaje se abrieron a ambos lados y penetró a trompicones en el patio trasero de la tienda.

Estaba cercado por altos muros de ladrillo coronados de alambre de espino y cristales rotos. Por las pilas de basura que se amontonaban al pie, formando sombras que parecían desplazarse y difuminarse en la negrura, daba la impresión de que toda la calle vertía allí sus desperdicios. Pero, efectivamente, había una puerta que daba a la parte de atrás de la antigua carnicería. Y no la habían tapado con planchas.

Juliet puso la mano en el picaporte, empujó y después lo sacudió con fuerza. La puerta no estaba condenada, pero sí cerrada con un candado de aspecto resistente justo por encima del picaporte. También pudo ver el sencillo ojo de una cerradura de pestillo convencional. La mitad superior de la puerta era una ventana con un estor interior, bajado para evitar que se viera la tienda. La ventana estaba tras una rejilla

metálica exterior, rojiza de óxido y torcida hacia afuera de forma que se separaba del marco de madera en una de las esquinas.

«soy tu amig y te ncsito»

Juliet dio un paso atrás y sus pies tropezaron con algo que produjo un tañido metálico. Había descolocado unas cuantas tuberías que se apoyaban en un fregadero de porcelana. Se agachó y cerró las manos en torno a un frío, largo y pesado trozo de tubería. Metió un extremo en el bucle del candado y tiró hacia abajo con todas sus fuerzas. El cierre se dobló, despacio al principio, y al fin se rompió y se abrió dando una sacudida.

«Aún falta la cerradura», pensó Juliet. Tendría que romper la ventana y meter la mano para abrirla desde dentro. Introdujo los dedos tras la rejilla y dio un tirón. Sintió que algo se movía, pero luego la rejilla resistió firme. Volvió a coger la tubería y la encajó cuidadosamente entre la puerta y la rejilla. Esta se abrió, separándose del marco a medida que los tornillos de sujeción se liberaban entre crujidos de astillas. Se desprendió más fácilmente de lo que esperaba Juliet, que se golpeó los nudillos contra el ladrillo de la pared. Se

llevó la mano a la boca para chuparse el rasponazo. Solo tenía que romper la ventana y estaría dentro.

Blandió la tubería y trató de no entusiasmarse demasiado cuando el cristal se hizo añicos. Metió la mano cautelosamente por el hueco, procurando no cortarse con las aristas de los cristales prendidos en el marco. Algo frío y húmedo le rozó los dedos y estuvo a punto de gritar, pero se dio cuenta de que solo era el estor de detrás de la puerta.

«creo q se han ido tdos a casa»

Sus dedos encontraron la manivela de la cerradura, aunque para alcanzarlo tuvo que tensar el hombro al máximo para adoptar una insólita postura en ángulo. Agarró con fuerza la manivela y la hizo girar. El pestillo cedió con un chasquido de metal oxidado. Apoyó el hombro contra el marco y empujó. La puerta se abrió lentamente, de mala gana. Con la misma lentitud, Juliet se deslizó dentro del frío y oscuro edificio.

«ste sitio sta cerrado pra siempre»

La tienda olía a moho y a polvo. Al principio, todo lo que pudo ver fueron formas cuadrangulares difusas y

más huecos en sombras. Instintivamente, buscó a tientas el interruptor de la luz junto a la puerta, y reprimió un chillido cuando hundió los dedos en una masa de telarañas. Retiró la mano y se la limpió en el chaquetón.

Para entonces, sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad. Se habían llevado todo el mobiliario, las mesas, cualquier cosa que pudiera dar idea de lo que había sido antes aquella habitación. Las baldosas del suelo hacían un dibujo ajedrezado de cuadrados grises, unos más oscuros y otros más claros que podrían haber sido blancos en otro tiempo.

Juliet dio un paso adelante. Podía oír que algo pequeño se movía cerca de su pie, algo que se agitaba y estaba muy vivo. Dio un salto hacia atrás y chocó contra la pared, de la que se desprendió una pequeña nube de arenilla que le cayó en el pelo. Se lo quitó frenéticamente con las manos mientras la oscura y pequeña silueta (¿un ratón? ¿una rata?) correteaba por el suelo y se escabullía dentro de un agujero de la pared que había a su derecha.

Juliet decidió aspirar aire profunda y regularmente varias veces hasta que sintió que su corazón empezaba a latir más despacio. Miró a su alrededor. Justo delante de ella había una puerta que debía de

conducir a la parte principal de la tienda. A su derecha se veía otra puerta medio abierta, y a duras penas pudo distinguir un tramo de escaleras que arrancaba tras ella.

«ayúdame»

A la izquierda del local, en un rincón del fondo, había una tercera puerta.

Juliet tardó un momento en darse cuenta de que era realmente una puerta, porque era más alta y más ancha que las otras. De entrada pensó que solo se trataba de un trozo de pared pintado de forma distinta. Pero, ahora que sus ojos se habían acostumbrado, podía ver lo que era con más claridad. Su color era más oscuro que el de la pared contigua, y la luz anaranjada, al filtrarse por entre las planchas que sellaban las ventanas frontales de la tienda, producía en ella un reflejo metálico.

Juliet no sabía bien cómo funcionaba una carnicería, pero sí que tenía que haber algún sitio donde conservaran la carne. Un sitio mayor que una nevera corriente. Aquel lugar debía de haber sido la cámara frigorífica del carnicero.

«*mestoy helando*»

Caminó cautelosamente hasta la puerta y pasó los dedos sobre su superficie de metal satinado. Tenía un largo tirador vertical de palanca a la altura de la cintura. Junto a la puerta, en la pared, se veían unos cuantos interruptores y diales que seguramente habían servido para regular la temperatura. Era obvio que ninguno funcionaba; hacía mucho que habían cortado la corriente.

«*me han encerrado*»

La puerta era como la entrada a la cámara acorazada de un banco. Si habían encerrado a alguien en alguna parte del edificio, tenía que ser allí. En cualquier otro sitio quedaría el recurso de derribar la puerta o de salir trepando por la ventana. Pero alguien encerrado allí... ¿qué posibilidades tendría de escapar?

Por otra parte, ¿era ello razón suficiente para que Juliet realmente deseara ver lo que había al otro lado?

Sintió un escalofrío, pero agarró el tirador con ambas manos. Había llegado hasta allí. Tenía que saber.

Soltó el tirador de nuevo. No quería saber. Quería irse a casa. Y ahora mismo.

«me han encerrado»

Se quedó quieta, temblorosa. Dejó escapar un sollozo.

«tengo miedo»

Con un aullido inarticulado de ira y terror, apretó la palanca y tiró. La puerta no se movió. Agarró de nuevo el tirador, hincó los pies como pudo en el suelo resbaladizo y volvió a tirar hacia arriba, gruñendo por el esfuerzo. ¿No se había movido algo ahora? Se preparó una vez más y se echó hacia atrás, tirando de la palanca con toda su alma.

Sonó un clic y la puerta se abrió un par de centímetros.

Juliet todavía necesitaba las dos manos para presionar la palanca, pero la puerta se fue abriendo poco a poco. Sintió en plena cara el impacto de una bocanada de aire viciado, a la que siguió inmediatamente un hedor tan espantoso, tan inmundado, que le provocó una arcada. Era algo muerto y putrefacto. Era lo último que Juliet hubiera querido que fuese.

«*me han encerrado*»

Juliet retrocedió, dando traspiés y tapándose la boca con la manga. Alguien debía de haber dejado algo de carne vieja colgada allí dentro. Era lo más pestilente que había oído en su vida.

Contuvo la respiración y avanzó un paso para escudriñar el interior de la cámara, pero se veía tan poco que el espacio interior lo mismo podía haber sido tan pequeño como una cabina de teléfono o tan grande como un campo de fútbol. Allí dentro, las sombras devoraban por completo la débil luz que penetraba en el resto del local, y parecían más negras y más espesas que en ninguna otra parte. Juliet esperó a que cesaran los espasmos de su estómago y a continuación abrió la puerta todo lo posible para que entrara la luz.

«*ayúdame*»

Las sombras retrocedieron lo suficiente como para que Juliet pudiera ver que la cámara de conservación era un espacio cúbico forrado de acero. Las paredes eran verticales y lisas, y una serie de ganchos metálicos curvos pendían de una parrilla que había

en el techo. De ellos habían colgado tiempo atrás cuartos de vacuno y pancetas de cerdo, pero ahora se balanceaban libres en la leve corriente de aire que había causado Juliet. Y el suelo...

El suelo estaba cubierto de tersas baldosas blancas de cerámica. Al abrirse la puerta, la mortecina y polvorienta luz anaranjada se fue alargando sobre ellas hasta derramarse sobre un par de zapatillas de deporte que se veían en un rincón del fondo.

Zapatillas de deporte... negras y con ribetes plateados.

Juliet empujó la puerta y abrió los pocos centímetros finales. La franja de luz se desplazó y reveló un par de piernas cubiertas por pantalones oscuros. Luego el resto del cuerpo. Y la cabeza.

El cuerpo aparecía vencido contra la pared, como si hubiera estado sentado cuando le llegó la muerte. Juliet reconoció la chaqueta del uniforme escolar, pero podría haber adivinado quién era de todas maneras.

Había encontrado a Luke Benton.

El perfil de los huesos de sus manos parecía a punto de romper la tensa tirantez de la piel, que estaba como pegada a ellos. Juliet se agachó y se forzó a sí misma a mirarle la cara. Los hundidos ojos

de Luke se habían convertido en unas fosas oscuras. Sus labios se habían retraído y los dientes al descubierto parecían dibujar una sonrisa desesperada. Los pómulos sobresalían de forma prominente. Aquello le recordó a Julia imágenes de momias egipcias.

Una de las manos de Luke estaba doblada en su regazo; la otra descansaba sobre el suelo, con la palma hacia arriba y los dedos crispados sobre un teléfono móvil.

Juliet estiró el cuello y trató de ver la pantalla del teléfono sin acercarse más al cuerpo (...a Luke). Pero el ángulo era demasiado forzado. No tenía más remedio que coger el móvil. Con solo dos dedos y poniendo el máximo empeño en evitar todo contacto con la carne muerta, lo extrajo con cuidado de la mano de Luke. Los dedos de este estaban más cerrados sobre el aparato de lo que Juliet creía y, por un momento, al tirar del móvil, la mano del muerto se elevó con él. Juliet apretaba los dientes con tal fuerza que le dolían los ojos... De pronto, la presión de aquel puño sin vida se relajó y la mano se desplomó otra vez sobre las baldosas del suelo.

Juliet volvió el móvil hacia la luz. Conocía bien el modelo (ella misma había tenido uno igual) y sabía

como conectarlo, pero cuando apretó la tecla no ocurrió nada. La batería se había agotado hacía mucho tiempo.

Pero había algo que sí podía hacer. Abrió rápidamente el teléfono, sacó la tarjeta y la cambió por la suya en su propio móvil. Conectó este de nuevo y la pantalla se iluminó mostrando los últimos mensajes de Luke.

Allí estaban todos, en la bandeja de salida y en el orden en que él los había mandado..., inverso a la secuencia en que ella los había recibido.

*me han encerrado
creo q se han ido tdos a casa*

Ninguno de ellos aparecía como enviado. Juliet los recorrió todos hasta el último y buscó la información correspondiente. Pasó rápidamente por la fecha y la hora de envío y llegó a la última línea: «Error: imposible enviar mensaje».

—Oh, Luke... —murmuró, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Voy a sacarte de aquí. Voy a buscar ayuda...

—¡No hagas ruido!

—¡Ya lo intento!

Juliet se dio la vuelta. Alguien había entrado en el local por la puerta trasera de la tienda; dos voces, dos pares de pies que se arrastraban sobre el suelo embaldosado. El instinto la hizo moverse hacia un lado, fuera del cono de luz que entraba por la puerta abierta. Se quedó pegada a la pared. Así no podía ver quién estaba allí, pero eso quería decir que tampoco podían verla a ella.

—Escucha, no sabemos que haya estado aquí nadie...

—¡Han forzado la puerta!

—Vale, Dani, vale...

¡Dani! Juliet cerró los ojos y dio un profundo suspiro de alivio. Ahora reconocía las voces. Solo era Daniel, preocupado aún por la posible presencia de okupas en la tienda de su padre, y había traído a Mark para sentirse apoyado.

Juliet abrió los ojos y observó que el cono de luz encogía sobre el suelo de la cámara helada. Se apartó de la pared y entonces pudo ver cómo la lisa puerta de acero se iba cerrando.

Dio un grito y corrió hacia ella. En el preciso momento en que se estrelló contra el metal, se cerró del todo.

—¡ALTO! ¡Abrid esta puerta! —chilló; dejó caer el teléfono y arañó con las manos la pulida superficie

de acero—. ¡Esperad! ¡Abrid la puerta! ¡Daniel!
¡Mark! ¡Por favor! ¡Abrid!

Estaba tan oscuro que ni siquiera sabía si sus propios ojos estaban abiertos. Se apretó contra la puerta sin querer apartar las manos de ella, ya que era su único punto de referencia en la pura oscuridad. Si las quitaba y se daba la vuelta empezaría a girar en un vacío oscuro sin fin.

¿Habrían visto Mark y Daniel el cuerpo a través de la puerta abierta? Evidentemente no. Pero tenían que haberla oído. Había gritado justo antes de que la puerta se cerrara por completo. ¡Y ahora que sabían que ella estaba allí, la abrirían inmediatamente! ¿O no?

«*me han encerrado...*»

La realidad tardó solo un segundo en hacerse evidente. Nada de *me he quedado encerrado*. Nada de *me han cerrado la puerta sin darse cuenta*. Simplemente *me han encerrado...* Y luego, *creo que se han ido todos a casa*.

—¡No, no! —susurró Juliet—. ¡Mark y Daniel!

Se dejó caer al suelo con la espalda contra la fría puerta metálica

«*tengo miedo*»

«*no puedo salir*»

«*mestoy helando*»

Juliet no supo cuánto tiempo transcurrió hasta que pudo pensar de nuevo con coherencia. Tenía que salir, y estaba claro que Mark y Daniel no iban a volver a buscarla. Había dejado caer el teléfono... Muy bien, pues tenía que encontrarlo. Se puso de rodillas y avanzó a gatas, moviendo las manos sobre las baldosas de cerámica que tenía delante, crispada, consciente de que en cualquier momento sus dedos podían rozar a Luke en vez de tocar el teléfono.

Sintió que su mano tropezaba con algo pequeño y duro que trepidó al deslizarse por el suelo. Pero lo sujetó antes de que se alejara demasiado. Luego, a tientas, pulsó la tecla del menú.

La pantalla y el teclado se iluminaron con resplandor verdoso y Juliet dio un suspiro de alivio. Tenía luz. Y tenía un medio para hablar con el mundo exterior.

«*soy tu amig y te ncsito*»

El aire húmedo y pestilente la oprimía. Juliet no sabía cuánto oxígeno había en aquella cripta de ace-

ro, pero podría durar bastante tiempo si mantenía la calma. El tiempo suficiente para que alguien viniera a buscarla. Buscó el menú de mensajes, tecleó con el pulgar las palabras *necesito ayuda* y seleccionó el número de Christine.

El sobre apareció y revoloteó en la pantalla, indicando que el mensaje se estaba enviando. Juliet volvió a dejarse caer junto a la pared, aliviada.

El móvil emitió un pitido y Juliet sonrió en la oscuridad. Luego miró para comprobar qué le había dicho Christine.

No era de Christine y, aunque miró fijamente la pantalla durante un largo rato, para ella las palabras no acababan de tener sentido.

«Error: imposible enviar mensaje».

Cuando por fin lo entendió, supo sin la menor sombra de duda que, justo un año antes, cuando nadie podía recibir sus mensajes desesperados, Luke había llegado a la misma conclusión: como ella ahora, estaba amortajado en un ataúd forrado de acero. Ninguna señal telefónica podría atravesarlo. Su teléfono móvil no tenía la menor posibilidad.

Juliet gritó.

BIBLIOTECA DE MEDIANOCHE

OTROS TÍTULOS PUBLICADOS

Todo quedó en silencio

Sangre en la arena

La Señora de los Gatos